

ADHESION DEL SR. PRESIDENTE DEL INSTITUTO  
INTERNACIONAL DE LITERATURA IBEROAMERI-  
CANA, D. JOSE AGUSTIN BALSEIRO

Mi estimado Sr. Director:\*

¡Qué deleite darnos hoy al que calificara Leonardo del más noble goce: el júbilo de comprender! Porque no otro será el de los compañeros de Pedro Henríquez Ureña dedicados a recordarle.

Evocar la figura y la obra de este maestro cultural de América equivale a enaltecerle; a reconocer la trascendencia de su buen hacer.

Nadie, en su generación, sirvióle mejor al humanismo hispanoamericano. Pocos, en ella o en cualquiera, podrían medirse con él.

De movernos pueriles orgullos geográficos, recordaríamos que fue uno de esos hombres señeros del pensamiento y de las letras nacidos más acá del Ecuador: Bello, Hostos, Martí, Justo Sierra, Gutiérrez Nájera, Silva, Darío... Si fuéramos capaces de relacionar la obra prócer con límites aún más estrechos, nos ufanaríamos de su nacer antillano. Pero ni por él, ni por nosotros, pecaríamos tan gravemente. Porque si Santo Domingo no sabe de escritor más sabiamente preocupado que él por la cultura de su tierra, no supo tampoco América—muertos Bello, Hostos y Martí—de varón tan universalmente empeñado en servir a todos sus pueblos.

Igual que Emerson en el Norte, el meridional Pedro Henríquez Ureña desdeñaba el provincialismo. Por la inquietud panorámica que alcanza y la pluralidad de inquietudes espirituales que atesora, su labor nos dice de su conciencia de que toda escasez es siempre costosa en los dominios del conocimiento. Y si Emerson, en sus *English Traits*, penetra en la entraña del pueblo fundador del suyo, Pedro Henríquez Ureña

\* Carta dirigida al Director técnico de la *Revista Iberoamericana*, D. Alfredo A. Roggiano.

no se desarraiga, ni enajena la cultura novomundana, del solar hispánico. Ahí sus *Tablas cronológicas de la literatura española*, *La versificación irregular en la poesía castellana*, *Plenitud de España*. . .

¿Conlleva, tal actitud, sometimiento? ¿Habrá de interpretarse como falta de independencia intelectual?

Volvamos a Emerson. El 14 de julio de 1838 leyó una conferencia, *Literary Ethics*, en Dartmouth College. Quejábase en ella de que el rasgo típico en la pintura, en la escultura, en la poesía, en la novela, en la elocuencia de Estados Unidos parecía ser cierta gracia sin grandeza; y que, en sí mismo, no era nuevo, sino derivado. Por pensar así, pudo ser el primero en regocijarse magníficamente ante obra tan originalmente americana como la de Walt Whitman: nueva en su esencia vital, nueva en su libertad, nueva en su emoción; cargada de profecía y palpitante de fe en el porvenir de su pueblo.

Pedro Henríquez Ureña es siempre ecuánime cuando trata de España. Más aún: es a manera de puente, vivo y sensible, entre los hombres intelectualmente representativos de aquélla y los americanos, no menos importantes, quejosos de ella y hasta desconfiados y escépticos alguna vez. Dos cartas, desde Londres, de don Baldomero Sanín Cano, dirigidas a Henríquez Ureña cuando residía en Minneapolis, lo ilustran así. La primera es de marzo 30 de 1921. Leemos: . . .“y me apresuro a decirle que celebro infinito saber cómo la actitud del señor Menéndez [Pidal] es de benevolencia para con los escritores americanos”, etc. Más adelante: “Me complace sobremanera que la *R. de F. E.* les abra los brazos a personas de procedencia americana, como el señor [Alfonso] Reyes.” Sanín Cano se dolía de los ataques, a su juicio absolutamente injustos, que recibió de la *Revista de Filología Española*. Y concluye: “Me place que usted se esfuerce en hacer desaparecer estas prevenciones. . . Le deseo feliz éxito y me declaro errado en mis apreciaciones sobre el americanismo de Menéndez Pidal”. En la segunda epístola (mayo 4 de 1921) añade el maestro colombiano: “Su convicción en favor de los españoles de la nueva generación es tan firme y tan generosa en su manera de exponerla, que estoy por declararme convertido a tan bella causa.” Y después: “Si sigue Ud. añadiendo hechos

y razones a su pensamiento, acabaré por ser más españolista que Menéndez y Pelayo.”

No sigue Pedro Henríquez Ureña, como se ve, la línea de los Olmedo y los Sarmiento. Su *Historia de la cultura en la América hispánica* es justa en recordar todas las aportaciones imponderables de España al desarrollo intelectual de su parte americana. Y exalta lo que —con fuerzas propias ya, y con su carácter y valores peculiares— ha creado esa porción del hemisferio occidental en literatura, pintura, escultura, arquitectura, música e investigaciones científicas en numerosas disciplinas.

Ese armonioso equilibrio interior; ese juicio sereno para apreciar los hechos desde el mundo de la cultura, no desde posiciones de pasión política, contribuyeron a que Pedro Henríquez Ureña —como otro gran maestro de su generación, Alfonso Reyes— ganárale a su América el respeto de la más autorizada crítica en España.

Ya en noviembre 23 de 1910, y a propósito de sus *Horas de estudio*, escribíale Menéndez y Pelayo: . . . “me complazco en reconocer que todo ello está sinceramente pensado y sobriamente escrito, con una gravedad y decoro que se echan muy de menos en la actual generación literaria”. Y en julio 3 de 1915, también desde Madrid, decíale Azorín: “La delicadeza y la incisividad son sus notas dominantes; a ellas une usted un espíritu de independencia raro en América y en España. Su prosa y los versos de Rubén son para mí, entre todo lo americano, algo excepcional. Espero ocasión de hablar en España de su obra literaria; ya conoce usted nuestra escasez de verdadera crítica; por eso sería un gran bien que usted continuara sus trabajos sobre nuestros autores clásicos y modernos.”

No debe extrañar, en consecuencia, que en 1932, temporalmente de vuelta en Santo Domingo, enseñara en su Universidad un curso de literatura española.

Ya nombrado Alfonso Reyes, oportuno es referirnos a cómo lo presenta Pedro Henríquez Ureña a Menéndez y Pelayo. Pronto —el 15 de febrero de 1911— le avisa: “Dentro de pocas semanas enviará a usted un libro, *Cuestiones esté-*

*tics*, el escritor más joven y —a mi juicio— de más porvenir en México: Alfonso Reyes.”

He ahí al crítico no sólo enriquecido por el conocimiento, sino elegido por la gracia de Dios para prever al magistral ensayista proyectándose hacia el Mañana.

Por su sabiduría, por su sensibilidad, Pedro Henríquez Ureña es más que dominicano; más que hispanoamericano; más que español. Su espíritu universal sabe de andanzas por muchas latitudes. Su cultura cosmopolita lo salva de confundirse; y lo guía con visión segura. Así, por ejemplo, al aludir al poeta Gastón Deligne, de su propia tierra, aseveraba en 1909: “Yo mismo, de no haber viajado, acaso pondría a nuestro poeta a la cabeza de todos los de nuestra América.” Y cuando, en horas difíciles para su patria y para él, aclara su posición en Estados Unidos (carta pública del 28 de septiembre de 1916) fija su conducta de hombre libre y de intelectual sin prejuicios: “No me agrada entretenerme en comparar diversos países; lo que me gusta de cada uno es su carácter individual, su originalidad nacional.”

Aparte la distinción intelectual y la entereza moral de sus mayores, para aprecio de la señalada virtud contraria a toda xenofobia, es preciso recordarnos de que, nacido el 29 de junio de 1884, Pedro Henríquez Ureña parte hacia Nueva York, en viaje de estudios, el 19 de febrero de 1901. Y durante diez —que son los de su adolescencia y primera juventud— crece al contacto de otra América relativamente nueva: de una América pujante y multiforme en la que no halla residuos ni ecos de lo colonial-hispánico; una América hecha y rehecha con la sangre de pueblos distintos que se unen en ella.

Es significativo que ya en sus *Ensayos críticos* (1905) el índice incluya notable diversidad cosmopolita: D’Annunzio, Wilde, Shaw, Rodó, Wagner, Strauss, Darío, José Joaquín Pérez, Hostos. Lo europeo, lo americano, lo antillano.

Hace una década ya perdimos a Pedro Henríquez Ureña. Se quedó la vida de cada uno de nosotros sin el bien de su enseñanza, sin la lección de su paciencia, sin el privilegio de su amistad. Nos queda, en cambio, el fruto de tan sabrosas mieles que es cada uno de sus mejores libros. Y, para humana

satisfacción, sigue en pie otro de los maestros de su estirpe. A Max y a Pedro Henríquez Ureña, en carta desde Montevideo de julio 19 de 1912, teniales muy presentes, en su recuerdo y en su predilección, José Enrique Rodó. Y les llamaba "los dos hermanos, dignos herederos de un apellido ilustre, que tan eficazmente contribuyen, uno en Cuba, otro en México, a mantener vivo y fecundo el entusiasmo por la cultura intelectual".

Esa contribución, amigo mío, es de las pocas que no se extinguen con la muerte.

(Firmado) :

JOSÉ A. BALSEIRO

*Universidad de Miami,  
Coral Gables, Florida.*

